

R. 72183

Ac Esp I-102
D

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE

SUS MAJESTADES Y ALTEZAS REALES

EL DÍA 1.º DE ABRIL DE 1894

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN DEL NUEVO EDIFICIO

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

por los Excmos. Señores

CONDE DE CHESTE

y

D. ALEJANDRO PIDAL Y MON



MADRID

Imprenta, Fundición y Fabrica de tintas de los Hijos de J. A. Garcia,
CALLE DE CAMPOMANES, NÚM. 6.

1894

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. CONDE DE CHESTE

SEÑORA:

La Real Academia Española escribe hoy en sus anales una de las más hermosas páginas, anotando en ellos la benevolencia suma con que V. M. la ha honrado, presentándonos al Rey, rodeado de su Real Familia, al tomar posesión del rico palacio que, en cambio de bien modesto albergue, consagra en este día á sus útiles trabajos. ¡Noble edificio! De esperar es que dures largos años, cuando tu vida empieza con tan felices augurios, que pocos son aquellos que cual de tí cuenta la historia de las patrias construcciones, que la misma Princesa generosa que puso ayer en tus cimientos la primera piedra bendecida, venga, no transcurridos tres años aún, á saludarte hoy acabado y espléndido y gallardo, refugio de las letras, decoro del pueblo en que te ostentas, y gloria de tu augusta fundadora.

En solemnidad tanta, el deber de mi cargo, cuya confirmación recientemente debo al imperioso mandato de mis bondadosos compañeros, me obliga á dirigir á V. M. la palabra: á mí, achacoso octogenario, en representación de un Cuerpo que cuenta entre sus individuos á oradores, acaso los más célebres, en una tierra que feraz los produce tan numerosos, y fáciles y grandes: pero mi aliento, por la dolencia y por la edad cansado, molestará breve tiempo á V. M.; y cuando suenan todavía los ecos dulces de una voz tan elocuente, será la débil mía impulso del corazón, y expresión no sólo de mis

sentimientos propios, sino de los de todos mis ilustres compañeros (estoy de ello seguro), porque el amor á la Monarquía tiene entre nosotros raíces tan profundas, que regadas por los beneficios, las enflorace el agradecimiento.

Mucho debe, en efecto, la Academia á los Príncipes de la reinante dinastía; pues si un Felipe la constituyó con privilegios valiosos, y la consideró como su institución favorita, dando con justicia esta predilección á la encargada de velar por la belleza de la palabra y la pureza y propiedad de la frase, vía por la cual se difunden todos los conocimientos humanos, también debió favor no poco al sexto Fernando, y á los dos Carlos que le siguieron y á la bondadosa y generosísima Isabel II, y á aquella antigua y á esta nueva Cristinas, bien amadas, y, en fin, á ese Alfonso XII inolvidable; á ese Príncipe tan caro, cuyo nombre, con pronunciarle sólo, hace agolparse á los ojos lágrimas de dolor al recuerdo de tantos hechos, en la memoria vivos, y de tantas esperanzas por nuestra desgracia muertas. ¡Caigan aquellas entre flores que nuestras manos viertan sobre su tumba venerada!

Cómo la Academia haya correspondido á los regios favores y á la protección, amparo y cariño de sabios y magnates, lo manifiestan su léxica labor incesante y prolija; sus premios y certámenes, sus valiosísimas publicaciones, las cuales patentizan, diga lo que quiera la envidia, que nunca ha dejado de cumplir con honra los deberes que la impone el glorioso lema que la distingue, desde que nuestros predecesores llamaron la atención y aplauso de la Europa literaria con su inapreciable edición del *Diccionario* de autoridades y la famosa del *Quijote* hasta que sus sucesores con la de las raras *Cantigas* del Rey Sabio, tanto tiempo reservadas á pocos en los Archivos, han venido á dar al impaciente anhelo de los doctos anticuarios cumplida satisfacción, en ese libro de tanta importancia para las letras, cuanto de honra á los vuelos de la prensa española.

Princesa tan ilustrada, que con atención tan vigilante y activa sigue la acción de cuanto impulsa el movimiento de la instrucción pública en los diversos ramos de las ciencias y de

las artes, y hasta le ayuda frecuentemente con el benigno rocío de sus particulares dones y riqueza, no necesita aquí de sobrado minuciosa relación de todos nuestros trabajos, de los que buena parte conoce y honra en su Real biblioteca: ni estarían bien en nuestros labios hiperbólicas ponderaciones, cuando la sencillez del último tributo á V. M. ofrecido, le hizo más grato á su aceptación bondadosa; pero tampoco inoportuna modestia habrá de vedarme el encarecimiento del mayor de los servicios de la Academia: el de exponer á V. M., más que por vanagloria por patriotismo puro, el cuadro hermoso en que aquí, á su vista se ofrecen sentados entre nosotros, enlazados como miembros de un solo cuerpo los representantes ilustres del saber y de la literatura Ibero-americana en esos pueblos hijos de la anciana España, que, ya adultos, tanto han crecido en el precoz desarrollo de poderosas aptitudes; á estos caros hermanos, que hemos querido, que hemos sabido inclinar al seno de aquella madre cariñosa, apagando toda ardiente reliquia de odiosa lucha en caudal copioso de amistad y literaria correspondencia; que no en vano llevamos nombres que á ellos y á nosotros nos suenan desde la cuna con igual cadencia, y rezamos en los mismos altares y aprendemos juntos á bien hablar en los versos de Garcilaso y de León, y en las páginas de Cervantes, fundando necesaria escuela académica; porque aquí, como en todos los países y en todas las lenguas, ella sirve á reprimir el extravío del genio sin apagarlo, ni entibiarlo siquiera, como no han impedido á Bello y Pardo, á Olmedo y Heredia, dentro de la hispánica lección, producir tan magníficas poesías; ella rechaza las exageraciones de independencia y falso amor patrio de los que van en busca de un Americanismo literario que se proponen fundar con desguarnecer el bien labrado idioma castellano, y con usar los forzosos nombres de personas, ríos, montes y selvas, plantas, frutos, pájaros y flores; como si en esto solo consistiera una poesía regional interesante, si no estuviese acompañada de la pintura viva, propia y con dulce melodía, enriquecida de los bellísimos cuadros naturales que rodean al vate

en los países en que desahoga sus entusiasmos ó canta sus amores y sus penas; con la verdad, en fin, que sin ella nada es bueno en prosa ni en verso, y sólo en ella está toda belleza. Y esto así establecido, ¿por qué han de negar su aliento las musas del Betis á los ándicos vates, ni á los poetas castellanos las del Rimac y del Plata? No; el cantor de la tórrida zona, á las orillas del bucólico y manso río que una vez sola *el pecho sacó fuera* para increpar á un tirano, habría con no diversa inspiración cantado que en su tierra nativa. Ni menos se hubieran apagado la dulzura de Meléndez y el brío de Quintana cabe el Sanguay y el Cotopaxi:

«En el candente seno entre las linfas
Del Marañón y el Napo caudalosos,
Donde moran las índicas deidades.»

A prestar, pues, este importantísimo servicio; á ayudarnos á conservar la límpida tersura de un idioma que con tanta pureza ellos cultivan, han venido, Señora, estos nuestros nuevos compañeros queridos; y para cumplirlo se inscriben hoy en nuestro Anuario como Academias correspondientes de la Central Española de la Lengua las de Méjico, Santa Fe, Caracas, Quito, Lima, San Salvador, Guatemala, Chile y Honduras. En esos Estados son de texto oficial nuestro Diccionario y nuestra Gramática, y comunes los libros que escribimos, y se acatan nuestros fundamentales preceptos literarios; así como nuestra Academia, en merecida reciprocidad, está actualmente publicando una antología de los más ilustres poetas nacidos en América: ya de los que hayan cantado á las orillas del Guadalquivir y el Manzanares, ya de los que, como Bello y otros, hayan sublimado en versos inmortales las bellezas y las sentidas añoranzas del suelo en que nacieron.

Mucho debimos, Señora, para el logro de esta y de otras de nuestras más constantes aspiraciones y desvelos, al duodécimo Alfonso; y séame permitido, Señora, antes de cerrar el labio, pagar tributo breve de gratitud y aplauso á aquel buen Rey por quien guarda V. M. luto eterno en el alma; y

que al recibir la visita de su ilustre Viuda trayendo de la mano al hijo tierno, saludemos, lleno de entusiasmo el pecho, á la Reina bondadosa y prudente que enseña al Regio Niño cómo se hereda con las paternas virtudes el amor de los corazones españoles; y á que aprenda con el ejemplo de tal padre á desarmar con impávida frente, sin más defensa en extranjera tierra que su gallardo espíritu, la insolente amenaza de grosero populacho: á llenar de susto á sus cortesanos y Ministros, arrostrando, en noche memorable, los rigores de mortífera epidemia, para amanecer sublime junto al apeestado lecho de sus moribundos soldados: á volar cuando ardía ya en su sangre pérfida y lenta calentura, llevando á los desolados pueblos andaluces, embestidos por el huracán y el terremoto, cuanto recoger pudo en su nunca sobrado particular tesoro para derramarlo entre sus hijos afligidos, enjugando lágrimas y suavizando dolores con la ternura de su palabra, aun más que el oro, dulce y consoladora á espíritus tan oprimidos por la más grande de las tribulaciones.

Así: con lecciones tales de elevada paternal realza y con actos como el presente, de protección y amparo á las ciencias y las artes, ó de caridad inextinguible: con actos continuos de todos los días, de todas las horas, como V. M. tiene por costumbre ejecutarlos, completan los Monarcas el camino de su difícil viaje por la tierra; así los protege y los ampara el Cielo, y así el nuestro llegará en su día á levantar la Patria decaída, á restaurarla y engrandecerla, cumpliendo su misión santa, con el aplauso de la Historia, entre las bendiciones de sus pueblos felices.